

La palabra frente a la imagen



Kenshinkan dòjô

Durante veinte años he escuchado a Sugawara Sensei hablar de la transmisión espiritual en Budô, ese legado interior que el maestro ha de entregar al alumno, un equipaje que no está conformado en el currículum técnico compartido por ambos, sino establecido en el espíritu que envuelve y anima su Arte. El uso de la Palabra y una Comunicación directa entre ambos son condiciones inexcusables para lograr esa transmisión a la que aludo.

En el extraordinario documental de National Geographic titulado "Tesoros vivientes de Japón", los autores realizan un recorrido a través de las tradiciones ancestrales del viejo país de Cypango, mostrando diferentes expresiones de la Cultura Popular, apareciendo reflejadas distintas muestras de su saber ancestral: forjadores, ceramistas, actores, titiriteros, etc.

En el desarrollo de la película queda patente la importancia de una de las piezas del engranaje de su Tradición: el aprendiz, un personaje que parece estar en un segundo plano pero que, en realidad, es una de las piedras angulares sobre las que se sustenta esa Cultura. El alumno supone nada menos que la pervivencia y continuidad del Arte, por tanto, su preservación es casi, casi, sagrada.

En las sociedades gremiales medievales europeas, los oficios estaban clasificados en tres estratos: aprendices, oficiales y maestros. Es interesante observar la gestión de estas relaciones, los contratos que se sucedían, la selección de los aspirantes, las exclusiones advertidas, la sujeción a ciertos preceptos, las vías de aprendizaje sujetas, siempre, al beneplácito del maestro, la devoción a un santo patrón, la protección familiar e, incluso, el consejo espiritual. Estas clasificaciones de los gremios tradicionales están muy próximas a aquellas otras que han pervivido en las viejas Tradiciones Marciales de Japón, en las cuales -al igual que hacían sus equivalentes en Europa- los uchi deshi aprendían bajo una premisa: convivir junto a su maestro. Solamente así podría aquel transmitirles el verdadero espíritu del Arte, haciendo esto por proximidad, cercanía, empatía, ósmosis.

En el transcurso de un viaje a Iwate junto a Sugawara Sensei, con el propósito de asistir a una Exposición programada por la Asociación Mogussa-tô, me encontré por primera vez con Amada Sensei, un forjador considerado Tesoro Nacional en Japón muy amigo de mi Maestro. Ya había tenido referencias de su persona a través de Sugawara Sensei, quien en otro momento le había recomendado a un conocido budoka, deseoso de

adentrarse en el conocimiento de la forja tradicional, algo realmente difícil de estudiar y, más aún, siendo el novicio un occidental. El resultado había sido interesante pero la convivencia no pudo mantenerse más allá de unos meses; ser un uchi deshi (alumno interno) implica una dedicación al trabajo difícil de acometer, conllevando, además, una gestión de los tiempos que, en muchas ocasiones, no se sucede a la velocidad que uno pudiera desear.

Esto último sí lo entendió a la perfección el último uchi deshi que tuvo mi maestro en su dôjô de Machida: un joven budoka dispuesto a todo para llegar al Aprendizaje. Ya lo había visto en la Universidad de Azabu, con ocasión del Gasshuku de verano que se celebra todos los años en el mes de Julio. Shinichi Saito sobresalía por su espíritu de trabajo, entrega sincera y compromiso con la práctica y el estudio del Budô y del Bujutsu. En aquel tiempo era el senpai del Grupo de Aikidô y, como tal, se comportaba entre sus noveles kohai. El servicio que daban a los invitados era de una diligencia cercana a la castrense. Los veías levantarse y correr, cuando observaban que tu taza de té había finalizado o, raudos, servirte una y otra vez un bol de arroz. Más tarde, cuando Sugawara Sensei les explicaba acerca de Budô, el silencio era total. Y, también, su agradecimiento.

Un tiempo después le encontré en Machida, practicando cada mañana antes de que su maestro entrara en el dôjô, ocupándose de la limpieza, ayudando en clase con los alumnos más jóvenes, alentando a los principiantes y atendiendo con diligencia, vivacidad e inteligencia cualquier solicitud que reclamara el Sensei. Ni que decir tiene que las indicaciones que le dictaban en relación al Budô eran sagradas para él. Las asimilaba, dilatándolas, expandiéndolas, investigándolas, haciéndolas suyas y poniéndolas, finalmente, en práctica. En la actualidad, Sinichi Saito es un Sensei muy bien formado en el contexto de las Artes Marciales Tradicionales, con un futuro prometedor y dedicado por entero a la enseñanza. La experiencia directa con su Sensei es la fuente de la que emanan hoy sus conocimientos.

Nos hemos alejado mucho de aquella manera original de transmitir la Tradición y en nuestro contexto actual el retroceso de la Palabra frente a la imagen es una realidad cada vez más frecuente, como también lo es el paso atrás que ha experimentado la Comunicación Directa frente al aprendizaje menor, de formato cerrado y superficial: ese que a veces se propone en los nuevos modelos de Escuelas de Artes Marciales o a través de los seminarios de fin de semana.

Alejarnos de la Palabra y dar prioridad a la imagen significa distanciarnos de la Dialéctica, esto es: dejar de tener la Oportunidad de razonar nuestros estudios, pretendiendo suplantar esto por otras alternativas como, por ejemplo, el uso de las nuevas tecnologías, donde la resultante es una información instantánea, inmediata, definitiva y donde, además, el conocimiento se atrapa sin establecer contacto, sin pasar por el filtro de los tiempos, de las pausas, del agradecimiento.

Las relaciones asépticas establecidas en esos modelos actuales de Escuela, anteriormente referidos -lugares en los que el alumno es un número de socio, alguien sin identidad, sin historia personal conocida- están muy alejadas de la Comunicación Directa que han de establecer dos personas comprometidas con el hecho del Aprender: una relación que nos invita a la Observación, algo que, imperiosamente, exige Cercanía con nuestro enseñante.

En mi opinión, solamente a través de ese legado espiritual, que transmite un maestro, haciendo uso de los canales mencionados -Palabra, Dialéctica, Comunicación Directa y Observación- puede el Arte del Budô continuar siendo una realidad en las generaciones venideras.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô